

declaración de que será devuelto «en su día».

d) Finalmente, ¿Será el original lo que devuelvan nuestros «desinteresados» amigos yanquis, conformándose con una copia? Siempre, claro está, que «su día» llegue. ■ ENRIQUE PAGES (Madrid).

«FAN» DE DON QUIJOTE

Don Alonso Quijano, el último caballero andante, desfacedor de entuertos. Al fin, la sociedad actual lo ha librado, se ha librado de este personaje que le traía tantos recuerdos, ya olvidados, de ideales recubiertos de polvo, que todo lo cubre en el altílo de los trastos viejos. En la noche de fin de año, al filo de los setenta, nos dejó para siempre. Trató en vano de modernizarse al paso del tiempo, estuvo en todos los lugares donde las palabras hidalguía y honor eran valores fundamentales para todo español. Tan sólo algunos años atrás podía todavía versele,



ya sin yelmo ni armadura, eso sí, con camisa y corbata, así como con su sombrero que se quitaba galante al paso de las señoras, ayudando a una anciana a cruzar una calle, tal vez en un transporte público cediendo su lugar a una anciana o a una señora en estado o bien pensativo en la mesa de un café, pensando, tal vez, en cómo modernizarse para sobrevivir. Pero, por desgracia, en la actualidad, muchos de estos valores que forman parte de la personalidad de don Alonso Quijano, están desapareciendo, sobre todo en la juventud actual; están siendo sustituidos por la falta de sensatez, aunque todavía sobreviven algunos casos de sensatez dentro de este grupo denominado juventud. Sus últimas palabras no dejan lugar a dudas sobre el particular; dijo: «No puedo llevar melena ni vestir harapos,

qué diría Sancho si me viera vestido de esa guisa», y cerrando sus ojos (por no ver), su noble corazón dejó de latir por no resistir más sufrir. ■ LUIS FELIPE PEREZ DE ALARCON BENITO (Barcelona).

POTENCIAR LAS REGIONES

Hay mantudos atacantes de Cataluña cuya única verdad radica en el conocimiento rufianesco del trauma histórico forjador de imperios en el aire, bulliciosos y apasionados con los jeroglíficos del prejuicio, del prejuicio. Son españoles cuya única doctrina es la opuesta al «vivir y dejar vivir»; son machotes totalitarios y reaccionarios, cuyas rabietas individuales balancean perpetuamente entre el derechismo galopante y el anarquismo inoperante; son apocados escuchimizados objetantes, filósofos y moralistas del tres al cuarto. Para ellos, lo indicado es la indiferencia, pero... son subversivos, y la subversión es anticonstitucional, debe ser denunciada.

Evidentemente, a escala gubernamental, viene reconociéndose en los últimos tiempos la necesidad de potenciar y proteger las realidades regionales. En concreto, culturalmente Wifredo Espina so apunta esta cuestión, aunque, ambiguamente, ya lo dice claramente Wifredo Espina sobre la enseñanza de lenguas regionales. Regirse por «esquelas mortuorias» para juzgar la realidad vernácula catalana es deprimente. Habrá que recordar a D. L.: ¿Cuándo se informa a través de la prensa de un fallecimiento? ¿Cuando se publica una es- que- la mortuoria no hay que pagar el servicio? ¿Nos enteramos por los periódicos de la muerte de un vecino? Centenares de hombres, de mujeres fallecen día tras día a nuestro alrededor y muy pocos llegan a ocupar la sección de necrologías. Si las dichas esquelas son o no publicadas en catalán, es cuestión de matices; algunas aparecen bajo la solución bilingüe. Las clases catalanas —alta, media, baja— se expresan en catalán como lo pueden hacer en castellano; no es cuestión de esnobismo, en el ámbito de sus relaciones habrá interlocutores para ambas manifestaciones: esta es la realidad. Luego, existen los matices: «El fet que en una mateixa ciutat, comarca, regió, etcètera, visquin persones que s'expressen en idiomes diferents, pot arri-

bar a constituir un problema enutjós si no es creen unes fórmules que facilitin una correcta coexistència». Para comprender estos matices resulta esencial vivir en Cataluña o tener fijado el domicilio en Sevilla o Zaragoza y, en ambos casos, no permanecer, como la Corday en «Marat-Sade», padeciendo «letargo y depresión». A D. L. pueden parecerle excesivos matices, pero en el «matiz» están muchas diferencias entre Jean-Paul Marat y el marqués de Sade, entra el estar «in» o «out».

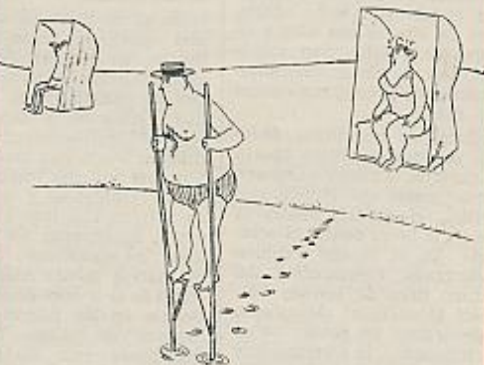
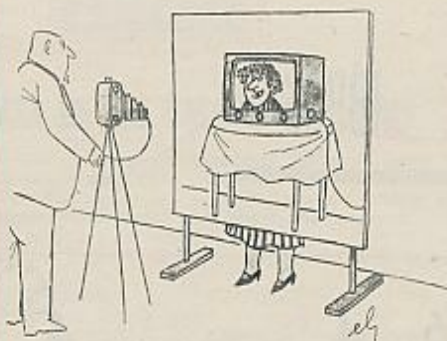
D. L. llega al límite al mezclar —cito sus palabras— «los cientos de miles de "charnegos" que residen en Barcelona, Sabadell o Tarrasa» con la posible habitualidad del lenguaje catalán. No puedo negar que el salario de estos hombres sea bajo —inadecuado a las necesidades vitales, en muchos casos, si por «vivir» se entiende justicia y dignidad, lo cual espero no tarde en conseguirse—, no niego realicen los trabajos más rudos... Sería revelador preguntarles qué opinan de esta tierra catalana, para muchos «tierra de promisión», y a buen seguro responderían que «la tierra de uno es donde gana el pan que comes». No creo les preocupe que «una dualidad idiomática sol provocar una mútua interferència i, com a resultat lògic, un empobriment de les llengües que han de conviure».

Invito a D. L. se dé una vuelta por Barcelona, por Cataluña, y, con humildad, intente penetrar en las perspectivas y circunstancias de la región ballena de España; aquí parece quepamos todos.

Respete, consiguientemente, D. L. los intentos que en cualquier región española se lleven a cabo, los intentos con un fin: el desarrollo, el aumento del nivel de vida, la educación para todos... Cualquier español que no considere perjudicial el bienestar general, puede permanecer «profundamente dormido» ante el futuro no muy lejano, basado en el mutuo reconocimiento. Respete y... serás respetado. No es preciso tener la cartera repleta para opinar sobre el tema de la cultura catalana, basta seguir ciertas normas. ■ CONRADO CABALLERO LA TORRE («Un aragonés en Barcelona»).

(Citas en catalán tomadas de «Vocabulari terminològic de caixes d'estalvis Castellà & Català», editado por Mediterrània Edicions, bajo encargo de las Cajas de Ahorro barcelonesas.)

HOLZ



¿Está fría?

